

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 29006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

“EL QUE TENGA SED, QUE VENGA A MÍ Y BEBA”

“El que tenga sed, que venga a mí y beba”, para saciarse eternamente a la Fuente de la Vida.

El que tenga sed, que venga a mí y beba, y Yo le daré de balde de estas aguas divinas de la Eterna Sabiduría.

El que tenga sed, que venga a mí y beba, que Yo me daré a él tan profundamente, que ante la luz de mi gloria, se saciará su sed.

Que venga aquel que necesite refrigerar su sed de conocimiento, de vida, de sabiduría, que Yo le daré a beber tan abundantemente, que nunca volverá a tener sed, porque haré brotar dentro de él un manantial de vida divina, donde pueda saciar toda la exigencia de su alma creada para el Infinito. Pero es necesario que me conozca y así me ame, porque el conocimiento engendra el amor, y el amor abre cavernas insaciables por poseer al Amado.

El que tiene sed es porque me conoce y me ama, y, al amarme, me hambrea. Y el que, no conociéndome, se siente sediento en necesidad de saciarse, es, aun sin darse cuenta, porque me busca y ama en aquello que busca, sin saber que Yo soy la Fuente de su hartura.

Por eso, el que tenga sed, todo aquel que busque sin saber, aquel que esté sediento en ardiente necesidad, que venga a mí, que Yo soy la saciedad infinita de todas las apetencias.

El que venga a mí no volverá a tener más sed, porque Yo mismo en él seré Fuente de aguas vivas, donde podrá saciarse sin hastío en la ciencia sapiential de mi eterna sabiduría.

Que venga a mí todo aquel que desee algo, que en mí lo encontrará, ya que todo lo que el alma apetece –fuera del pecado– está en grado infinito en el manantial inagotable de mi divina sabiduría.

Todo eso que tú buscas sin saber y que tú necesitas sin buscarme, Yo soy; porque te creé para mí y no descansarás tranquilo hasta que me poseas.

El que no me busca es porque no sabe que Yo soy lo que busca; ya que, cuando aparezca mi gloria, se apagará su sed, porque Yo soy la Fuente de la Vida, y en mi luz se saciará de mi luz.

¡Oh Fuente de aguas vivas, ven a mí, que me abraso en necesidad insaciable de poseerte...!

Ven, que te espero, porque mi capacidad ha sido abierta tan incomprensiblemente, que yo no podré saciarme nada más que cuando aparezca tu gloria para siempre.

Me creaste para ti, y mi alma está en prensa hasta que no te posea cara a cara, en la luz de tu semblante.

Amor, ¡que te espero...! [...] Que te espero con mi alma reseca de tanto esperar, de tanto desearte, porque “ha más hambre quien te come, más sed quien bebe de tus aguas”.

¡Yo necesito saciarme para siempre de ti, en tu luz, en tu fuente! Necesito saberte a ti sin velos, en ese punto de santidad intocable donde la Virginitad eterna, de tanto serse Uno, se es Tres.

Por eso, ante la necesidad terrible que me abrasa por tenerte a ti en ti, ¡oh Eternidad querida!, para siempre, y la espera larga... larga... que de ti me separa, me consumo en necesidad urgente de poseerte a ti en ti, en tus Tres, en tu vida, mi Bien.

Yo ya sé de Fuente, de Vida, de Amor... Porque, puesta a la boca de tu engendrar divino, aprendí este saber tan profundo de tu eterno engendrar; y vi cómo, en manantiales de ser, surgía el Verbo en respuesta amorosa de tu decir eterno. Y allí, en el abrazo amoroso del Espíritu Santo, yo me saqué en ti para siempre. Pero saciedad que abrió en mí una capacidad tal, que ya sólo podrá llenarse al aparecer tu gloria eternamente.

Por eso, como Tú invitas al que tenga sed, para que beba de ti, yo bramo incansablemente para que apagues mi sed, ésa que Tú en mí has abierto y que sólo podrá “saciarse a la luz de tu semblante”.

¡Oh Manantial infinito de caridad eterna...! “Todas mis fuentes están en ti”. Eres el Torrente de agua viva donde yo abrego para saciarme sin hartura en el manantial eterno de tu infinita sabiduría. Te tengo, te poseo y te saboreo [...] en esta sed implacable que me abrasa en necesidad de poseerte en la luz eterna de tu corriente divina, sin velos.

Necesito saciarme ahí, en esa hendidura de la Peña, donde, en manantiales eternos de fecundidad, Tú te eres Fuente de aguas vivas que brota a borbotones para ti en tu seno y para mí en tu seno y en el mío.

¡Oh Amado de mi alma!, te tengo, te así, te encontré y no te soltaré. Me consumo en urgencias por saciarme en la frescura de tu manantial eterno, porque me abraso por poseerte. Necesito tenerte a ti sin preocuparme de mí; en ti, para contemplarte en tu sustancial ser, en tu manantial eterno de agua viva, en tu corriente infinita de caridad eterna.

¡Oh, sí!, “todas mis fuentes están en ti...”; en mi Trinidad Una, en esa corriente infinita donde

mis tres divinas Personas se son una fusión eterna de agua viva, donde en donación sapiencial se comunican en su refrigerante sabiduría, en su torrente divino de caridad eterna.

En aquel Manantial inagotable de agua viva, el Padre se da, como un torrente divino, en su engendrar fecundo e infinito, en tal donación, que rompe en Palabra de filiación eterna. Y entonces, ¡oh maravilla del engendrar eterno!, “un torrente responde a otro torrente”. Porque el Verbo, en un grito de ser, responde al Padre en expresión manifestadora de lo que el Padre es, con tal perfección, que el Verbo es el Grito de ser del Padre en Hijo. Y así, “un Torrente responde a otro Torrente en un fragor amoroso” de caridad eterna, tan perfecto, que ese fragor, en el cual el Padre y el Verbo se tornan y se retornan y se comunican todo su ser refrigerante, es todo el amor paterno-filial que, en cataratas infinitas de Amor eterno, es otra Persona: el Espíritu Santo, Fragor amoroso del Padre y del Verbo en su comunicación.

¡Oh Amor!, “todas mis fuentes están en ti”. Por eso yo necesito ponerme a la boca de tu sabiduría eterna, para que “todas tus ondas y tus olas pasen sobre mí”. Y ahí, metida en ese torrente sapiencial, yo beba sin hartura en la comunicación eterna de mi Trinidad Una, y vea, en la contemplación

gozosa de tu vida divina, cómo “un Torrente responde a otro Torrente con el Fragor de sus cascadas”, ya que experimento en mi alma que “todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí”.

¡Oh Dios mío...!, ya comprendo por qué entré tan dentro de tu Misterio; ya sé por qué te sé tan profundamente, por qué la sed insaciable de poseerte me abrasa, por qué el pensamiento de la Eternidad me hace desfallecer, por qué la urgencia de vivirte me inmola... ¡Ya, ya lo sé! Porque el día que yo contemplé cómo “un Torrente responde a otro Torrente con el Fragor de sus cascadas”, toda esa vida divina, desbordándose en cataratas de ser eterno sobre mí, me envolvió y me penetró en tal saciedad, que “todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí...” Por eso yo necesito saciarme en la Fuente inagotable de tu caridad divina, porque “todas mis fuentes están en ti”.

Eres el Manantial infinito de vida trinitaria, en el cual yo necesito zambullirme para abreviar sin hartura en ese torrente inconmensurable de caridad trinitaria, donde Tú, oh Padre, eres la Fuente de Sabiduría silenciosa que tan infinita y perfectamente te dices, te das, te comunicas y te expresas, que tu Expresión es el fruto amoroso de tu silencio callado, en un Hijo que es todo tu Manantial inagotable de aguas vivas en Explicación cantora.

El Verbo es el Grito del Padre, que responde en expresión personal. Es el Torrente infinito de la sabiduría del Padre que responde al Torrente

eterno de la infinita fecundidad en el Fragor amoroso del Espíritu Santo.

Y yo todo eso lo sé porque, como soy pequeña, me has metido ahí en tu Manantial. Y, al contemplar toda la comunicación impetuosa de simplicidad soberana y de silencio callado, quedando estática ante el rumor de tus cascadas, y al sentirme cautivada, atraída y arrebatada por la hermosura de tu Rostro, “todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí”.

¡Oh Amor...! yo ya sé que “en ti está la Fuente de la Vida”, y que, “en tu luz veremos la Luz”, en ese Torrente de caridad eterna, de manantial infinito, de comunicación trinitaria, donde, atraída por el fragor de tus cascadas, yo he sido bañada, saturada y engalanada en la alegría amorosa de todas tus ondas y tus olas que han pasado sobre mí.

“Todas mis fuentes están en ti”; por eso necesito abreviar eternamente en el torrente de tus delicias, para saciarme en esta “Fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna”.

¡El que tenga sed, que venga y beba, que procure saciarse en la Fuente de la eterna sabiduría, que afine bien su oído para percibir el rumor de sus cascadas, para contemplar cómo un Torrente responde a otro Torrente, para saborear cómo todas sus ondas y sus olas pasan sobre sí...!

¡Que vengan al abrevadero de la Fuente de agua viva que es Dios, y beban sólo de esta agua, para quedar saturados de la Vida!

El que tenga sed, que venga a Dios y beba, y quedará saciado a la luz de su semblante. Porque Tú, Señor, eres “la Fuente de la Vida, y, en tu luz veremos la Luz”, y en tu boca nos saciaremos, y en tu fragor nos penetraremos con el fragor de tus cascadas.

“Como el ciervo brama por las aguas del cristalino arroyo, así mi alma te desea a ti”. Estoy sedienta y sin hartura hasta que te posea. Porque, al haber experimentado sobre mí tu paso como brisa suave y refrigerante, también he sentido que eres como batallones y batallones de manantiales infinitos de ser, en cuyas cascadas se te apercibe como un fragor infinito de miríadas y miríadas de batallones, como el paso de imponente ejército, en el silencio callado de tu suave sabiduría.

Sí, porque Tú eres el Manantial arrullador de frescura silenciosa..., de silencio callado..., de inmutabilidad pacífica... como el agua tranquila de un lago en un día sosegado; siendo a mi paladar Silbo delgado de sabiduría divina y silenciosa, y a mi sustancia, Torrente infinito en cataratas inconmensurables de majestad soberana, como ejércitos poderosos de esplendor eterno.

¡Oh!, yo necesito pasar por ti, como pasaron los israelitas por el Mar Rojo... Pero necesito que, cuando esté introducida en ese paso de mar, “un

Torrente responda a otro Torrente”, y en su ímpetu, se unan en “el Fragor de sus cascadas”, y entonces ¡que “todas sus olas y sus ondas caigan sobre mí”, quedando anegada en la luz infinita de tu semblante...!

¡Oh Fuente de aguas vivas...! ¿No ves que voy pasando a pie enjuto por el paso del Mar Rojo, contemplando cómo un “Torrente responde a otro Torrente con el Fragor de sus cascadas...”? ¿Qué esperas para que todas tus ondas y tus olas caigan sobre mí...? ¿No ves que necesito saciarme a la luz de tu semblante, que necesito empaparme, anegarme y ser embestida por el fragor de tus cascadas, para que todas tus ondas pasen sobre mí...?

No tardes, Amor, que te espero...; que estoy en el paso del mar esperando incansablemente la embestida de tus corrientes divinas y que el ímpetu de tu ser me robe. ¿No ves que me abraso, que estoy bramando como gigantesco ciervo por mis Fuentes...? ¿No ves que, si Tú no te derramas sobre mí, moriré abrasada por esta sed que me inmola en necesidad terrible de poseerte? ¿Y que si Tú no vienes a libertarme, mis bramidos se perderán en el silencio del olvido, estando yo como una hidrópica jadeante, buscando el Arroyo en el que yo pueda saciar esa sed de ti que me abrasa, oh Fuente de aguas vivas...?

¡Estoy bramando desgarradamente, porque, al pasar todas tus ondas y tus olas sobre mí, han abierto una brecha en el centro de mi alma, que

me reseca en necesidad terrible de poseerte en la luz infinita de tu eterna sabiduría!

¡Oh Padre, que soy pequeña y necesito estar contigo para sentarme en tus rodillas, para ser mecida en tu seno y saciarme en el cristalino arroyo de tu vida...!

¡Oh Fuente de agua viva, apiádate de mí que me abraso...! ¡Vea yo tu rostro sin velos...! Vuelve a pasar nuevamente sobre mi alma para que yo te contemple en tu verdad y me sacie en tu hermosura... ¡que me reseco en necesidad casi infinita de poseerte, y no viene tu mano amiga a libertarme...!

Amor, ¿hasta cuándo he de soportar esta sed de Eternidad que me tortura...? ¿Hasta cuándo estaré bramando por las aguas de mi cristalino Arroyo...? ¿Hasta cuándo...? ¡Tiende ya tu mano y lánzala sobre mí, para llevarme al festín divino de tu eterna sabiduría!

¡Amor...! ¡Amor...! ¡Pero no oigas la torturante sed que me abrasa, si es que tu gloria es que espere, ya que tu gloria es mi gloria!

¡Yo necesito vivir en un “tengo sed” constante para tu gloria!, aunque no tenga ni un poquito de agua para refrescarme, ya que todas las aguas que acá acercan a mis labios, me saben a hiel y a vinagre, después que he saboreado mi Fuente de Aguas Vivas.

Tenme aquí hasta que tu voluntad sobre tu sierva esté cumplida. Y entonces ¡lánzate sobre mí!, y todo mi ser, ante tu paso, anegado en tus aguas, sea llevado por ti a contemplar cara a cara cómo un “Torrente responde a otro Torrente con el Fragor de sus cascadas”. Y, al pasar todas tus ondas y todas tus olas sobre mí, se apagará mi sed eternamente, porque me saciaré al aparecer tu gloria, ya que “todas mis fuentes están en ti”.

Entonces, toda mi alma, en un júbilo de gloria, cantará: “Por la espalda y por delante me abrazas y pones sobre mí tu mano”, porque “extendió la mano desde lo alto, me cogió y me sacó de las muchas aguas”.

Por eso, ¡oh Amor!, sí, tiende tu mano... Ven, que te espero, porque necesito hundirme en la hondura de la Peña, allí donde Tú te eres el Torrente inagotable de sabiduría divina, donde el Padre y el Verbo se responden en el fragor del Espíritu Santo, donde todas tus ondas y tus olas pasen sobre mí para siempre, donde se apagará mi sed para siempre porque aparecerá tu gloria.